

¿Ya tiene usted
**El triunfo
de la mujer?**

Le ha gustado ¿no es verdad?

No olvide, pues, que en breve aparecerá el tercer libro de la sugestiva biblioteca de

Los Grandes Filmes

de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA,

cuyo asunto le causará admiración.

BUENA LITERATURA
EXCELENTE ASUNTO

Profusión de ilustraciones

?

La sorpresa, oportunamente

Precio popular 1 peseta

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 80

50 cts.



BORRASCOSO
AMANECER

por
Ana Q. Nilsson
y J. Warren Kerrigan

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono, 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 80

Borrascoso amanecer

Por ANA Q. NILSSON y J. WARREN KERRIGAN

SUPER-JOYA "UNIVERSAL"

Concesionaria: Hispano-American Films, S. A.

VALENCIA, 233 :: BARCELONA

Argumento de la película de dicho título

||||||||||||||||

CON ESTA NOVELA SE REGALA LA
POSTAL-FOTOGRAFÍA DE Will Rogers



BORRASCOSO AMANECE

Mucha luz, muchas flores, el salón radiante de orgullo con sus extraordinarias galas, numerosos invitados, en su mayoría distinguidos personajes financieros, y, finalmente, íntima satisfacción en dos corazones...

Se trataba de una fiesta; pero no de una de esas reuniones de té dansante, sino una velada familiar para celebrar el trigésimo aniversario de la boda de los dueños de la casa, don Juan y doña Filomena.

La vida de esta feliz pareja se deslizó continuamente por las aguas mansas del amor sincero, y amándose como el primer día, y tal vez más aún, llegaron a peinar más canas que hebras negras.

Con los ejemplares esposos compartían la dicha del tranquilo hogar, los dos seres siguientes:

María, hija de un entrañable amigo de don Juan, huérfana de padre y de madre, que éste es ahijara al quedar ella sola, por expresa voluntad del finado, y

Jack, hijo de don Juan y de su excelente compañera.

Ambos jóvenes se profesaban un tierno cariño, ignorado de todos, que se incrementó de tal manera en aquella ocasión de festejo a los ya viejos enamorados, a la vista de las dulces escenas de las que éstos fueron protagonistas en su presencia, que Jack, recabando, lleno de ilusión y de esperanza, el asentimiento de María, y obteniéndolo, la cogió de un brazo y con ella, muy contento, hizo irrupción en el salón, tomando precipitadamente aparte a sus padres.

—Papá querido... Mamá de mi alma... Yo quería deciros que amo a María y que María me ama; en una palabra: que nos hemos propuesto imitaros.

—¡Qué sorpresa tan agradable, hijo mío! —exclamó don Juan estrechando con efusión la mano de Jack—. Eso que habéis pensado está muy bien. ¡Vaya con María, qué calladita nos preparaba este regalo para un día como el de hoy!

—¡Mi buena María, cuánto me alegro de vuestra mutua elección!—le dijo a ella doña Filomena.

—Eso es hacer bien las cosas, hijos míos. Y ahora, aprovechando la peregrina ocasión de esta velada, voy a anunciar vuestro compromiso... Queridos amigos: dos palabras sobre estos dos muchachos que con mi esposa son el tesoro de mi vida. Miradlos y adivinaréis.



—¡Mi buena María, cuánto me alegro de vuestra mutua elección!

¿Sabéis qué os quieren decir sus ojos inquietos? Yo os lo confirmo: se aman.

Un murmullo de simpatía ascendió de la reunión acariciando las ideas de los prometidos; y se sucedieron los apretones de manos, las enhorabuenas, y los besos para la agraciada del amor.

La fiesta siguió con mayor animación y en las vueltas del baile se ocultaban misteriosos sondeos de almas, entre la juventud.

Cuando cesaba un baile, con impaciencia febril las parejas danzarinas ansiaban lanzarse de nuevo al goce de la ilusión, ellas con las cálidas palabras entrecortadas más por la emoción que por el cansancio de los galanes, y ellos con el suave roce del virginal cuerpo admirado con unción de las doncellas.

Sonaron los acordes de un vals. Juntáronse otra vez las manos que sólo encontraban la calma con el contacto de otras manos. La música predisponía al recogimiento del espíritu concentrándolo en un lugar de ensueño... Conversaban los caducos de estas lides... Y en el rumor de las voces, sólo unos oídos podían oír lo que decían otros labios... «Qué felicidad si te tuviera siempre así... Te amo, te amo, te adoro...»

Lloraban los violines; se plañía dolorosamente el violoncello...

Pero se hinchaban los pechos de gozo...

En la agonía de la ^{**}*soirée* familiar, más agitada que en sus comienzos, porque significaba para los amantes la separación, ocurrió un suceso que ni remotamente podía figurarse don Juan.

—Señor, don Morgan desea hablarle por teléfono—vino a avisarle un criado.

Don Juan, que ya se extrañara antes de la ausencia de Morgan, consejero legal de la Sociedad Standish e hijo (integrada por don Juan y por Jack), se preguntó con inquietud lo que le quería decir en aquella intempestiva hora de la madrugada.

Se puso al aparato, y temblando sin poderlo evitar abrió la conversación:

—¿Es usted, Morgan? ¿Qué desea?

—Me excusaré personalmente de no haber asistido a su fiesta... Otro asunto me interesaba más... y a usted también. Sí, amigo mío, se trata de los valores de nuestro mejor cliente. Tengo que hablar con usted sin demora, esta misma madrugada o a lo sumo dentro de unas horas.

—¿Ha encontrado usted una solución?

—Ni la sombra de ella, muy a pesar mío.

—Venga usted, pues, ahora mismo. La reunión se divide en este momento. Le aguardo con la intranquilidad que puede suponer.

—Iré inmediatamente.

Don Juan ocultó su atemorizado rostro a los suyos y un siglo parecióle la tardanza de Morgan.

Jack, sin embargo, notó que algo anormal ocurría en sus negocios con su padre, y con legítimo derecho a ello, pues era socio de la firma, estuvo presente en las declaraciones de Morgan, quien hubiera deseado podérselo prohibir.

Y Morgan habló, dirigiéndose a Jack:

—Hemos comprometido ciertos valores para garantizar nuestra nueva operación bancaria. Enterado de ello, el juzgado demanda esos valores para mañana y eso no lo podremos hacer.

Don Juan, hundido en un tenebroso abismo por el peso de la responsabilidad que le correspondía en el desastre financiero, había permanecido en absoluto mutismo durante las explicaciones de Morgan.

Jack, alarmado, y temiendo por su padre, dejó escapar estas preguntas:

—¿Qué significa lo que dice Morgan? ¿Cuándo hemos hecho negocios comprometiendo valores en depósito?

Don Juan, ante el interrogatorio de su hijo, que se lamentaba de no haber sido consultado en aquel caso particular, se levantó contra Morgan, señalándole como causante del disgusto deshonoroso que iban a pasar:

—Lo que significa, hijo mío, es que Morgan no ha obrado con buena fe. Su gestión en nuestra sociedad no aparece muy legal. ¡Ah, miserable!

—Detente, padre; yo quiero saber antes de obrar. Déjame a mí.

—No hay necesidad de que se pongan ustedes así. De nada ha de servir la imputación de la culpa a mí, crean ustedes lo que creyeren. El mundo sólo ve a usted, don Juan, el administrador de esos valores especiales procedentes de una herencia... y usted, por lo tanto, es el responsable.

—Su razonamiento es exacto, Morgan; sin embargo, usted sabe perfectamente que nada en el mundo me hubiera inducido a empeñar los valores confiados a mi custodia. La sociedad dirigirá sus sospechas hacia mí, pero yo, si mis dudas se confirman, me entenderé con usted. Y si fuera cierto... ¡Ay si lo fueral! Le castigaría a usted con estas manos que jamás manchó la culpa ni la idea, así, clavando mis uñas en su cuello...

—¡Don Juan!...

—¡Padre!...

—Perdí la serenidad... Hijo mío, yo no he sido... yo no he hecho eso...

—Vete, padre, de aquí. Sosiégate. Yo me quedo aún unos momentos con Morgan. Buscaremos juntos cómo salir de este trance.

Obedeció don Juan, que mucho necesitaba reponerse de su extraordinaria exaltación.

Al quedar solos Morgan y Jack, el segundo dijo al primero:

—Morgan, hable usted francamente conmigo. ¿Por qué se invirtieron esos fondos que no eran nuestros en una aventurada operación que compromete ahora el prestigio de la antigua firma Standish e hijo, que tanto honraron mis abuelos y por cuya conservación en el mismo plano de siempre hemos hecho, mi padre, en particular, y yo, desde hace poco, cuanto nos ha sido posible?

—Mire usted, Jack. En los negocios siempre ha de haber alternativas buenas y malas. La situación de su padre se mostró algo apurada hace algún tiempo y se sorteó lo mejor que se pudo la crisis. Su padre no le enteró de nada, probablemente a fin de no alarmarle demasiado, y porque teníamos él y yo la esperanza de que no tardaría en reaparecer en nuestros asuntos la normalidad. Fueron pasando los días sin que la marcha de los acontecimientos se alterase en lo más mínimo. Las conferencias secretas se sucedieron... Se tomaron acuerdos... Se llevaron a la práctica éstos... Y ahora parece que su padre se olvida de que él mismo me dió las órdenes que ahora condena... aunque comprendo que no quiso reconocer su culpa delante de usted.

—Morgan, es usted, como mi padre, un hombre que tiene hogar, en el que mujer e hijos le veneran. Póngase en mi caso, comprenda la tristeza que invadiría el alma de un hijo suyo si le dijeran que su padre estaba amenazado con ir a la cárcel por haber cometido una torpe acción. Dígame, pues, la verdad: si es o no un caso que no tiene arreglo provisionalmente.

—Ninguno. La intervención judicial actúa ya en el asunto.

—¿Entonces...? ¡Oh, no! ¿Mi padre preso? ¡No es posible!... Se moriría... Y yo no lo puedo consentir...

—Es duro en verdad para un anciano el hacer frente a la desgracia y a la ruina. El mundo en cambio perdona a un joven más fácilmente.

—...¿Perdona a un joven más fácilmente? Supóngase que me declaro yo mismo culpable, Morgan; yo puedo hacerlo, ¿no es verdad?

—No quisiera influir en su ánimo con mi consejo, pero opino que su sacrificio filial sería meritísimo... Más tarde las cosas habrían cambiado y...

—¿Cree usted que durante una corta ausencia mía todo se arreglaría?

—Sí, tengo la seguridad de ello. Su padre y yo buscaremos influencias y se restituirán esos valores.

—¿Qué dirá María?—dijo para sus adentros Jack, emocionado.

—¡Su noble proyecto es el único medio de salvar el nombre de su padre, y el corazón destrozado de su madre, pero tiene usted que marcharse antes del alba! ¿Está usted decidido?

—Me iré, sí.

—Está bien, Jack. Le felicito. ¿Dónde piensa usted refugiarse?

—En cualquier rincón de la tierra, donde no llegue el eco de la deshonra de mi nombre.

—¿Me permitirá que lo vaya a despedir?

—No es indispensable. Espéreme en el Club y terminaremos de hablar. Estaré allí antes de una hora.

—Hasta luego... y ánimo.

Jack se sintió solo, inmensamente aislado de todo y de todos, y en busca de lenitivo a su desesperación acogióse en el amor puro de María, después de despedirse, fugaz e hipócrita, para no traicionarse con su pálido semblante, de sus queridos padres.

*
*
*

La luna dominaba aún en la azulada región de la piedad y del amor.

Jack y María salieron al jardín y en su penumbra él le habló:

—Tengo algo que decirte, María... algo terrible.

Ella asustóse al verle temblar, y sólo aceptó

reunirse con Jack a aquella hora porque comprendió que él la necesitaba. En efecto, al separarse de sus padres, Jack no pudo ni quiso aparentar lo que no sentía, mostrándole por fuera cómo estaba su ánimo.

—Jack, estás nervioso, bien mío. Habla, en mi corazón hallarás el consuelo que me reclamas. ¿Qué te pasa?

—Quise probar poco ha mi acierto en una operación de nuestro negocio, y cegado por la idea de querer demostrar a mi padre mi habilidad, arriesgué unos valores que él tenía en depósito para su administración, y fracasó mi plan... Yo creí que podría devolver esos valores antes de ser descubierto, pero no ha sucedido así... Me veo en la precisión de huir de la justicia... de tener que separarme de ti. ¡Perdón, María, perdón!

—Jack, yo no te creo capaz de una acción deshonesta... aunque me lo digas tú mismo. ¡Tú no puedes... tú no lo harías! ¡Eso no es verdad! Si hay alguna razón que no me puedes revelar, tómate en tus brazos, abrázame y yo adivinaré lo que tu gallardo corazón te conduce a hacer. ¡Yo te amaré mientras viva, Jack mío!... ¿No me abrazas? Es inútil que quieras que crea en tu culpabilidad, cuando tus ojos me han dicho ya la triste verdad.

—María... ¿me esperarás?

—¡Hazme tu esposa y llévame contigo!

—¡Oh, mi amada! El destierro he de sufrirlo yo solo. Cuando me haya regenerado, volveré por tí. ¡Adiós!

—¡Jack!

—No, María, siento que mis fuerzas flaquean vencidas por tí... y he de partir... lejos, lejos...

Su voz se extinguió en el aire... y no oyóse más que el hipo del contenido llanto de un hombre noble, y el rezo alternado con lágrimas de una mujer enamorada, que trascendía a las esferas celestiales esta imploración:

“Illuminale, Señor, tú que conoces su bondad, y que sabes cuanto le amo.”

Las frondas se agitaban... Unas gotas desprendiéronse de ellas... Lloraba el rocío de la mañana...

..

Don Juan se hallaba en profunda meditación en su despacho. Dentro de una hora, dos a lo sumo, si no ocurría antes un milagro, su nombre — pensaba él — sería difamado públicamente.

María, pálida y sonriente a la vez, se acercó a don Juan, su tutor, como si no supiera lo que sabía, y le entregó una carta.

—Esto viene de Jack — le dijo —. Me encargó que se lo diera a usted.

Don Juan rompió nerviosamente el sobre del escrito, sacó éste y leyó:

Querido padre:

La fatalidad se ha cernido sobre nosotros.

Es mucho más fácil para un hombre joven el irse; así es que me voy. Mi conciencia me dicta este paso. No te inquietes por mi suerte. Cuida a mamá y a María. Trata de poner en claro lo sucedido. Tú siempre has sido un buen padre, y yo te quiero mucho.

Jack.

—¿Qué es esto? ¡Mi Jack! ¡Yo he leído mal... ¿que se ha marchado?... ¿A dónde? ¿Por mí? ¿Sacrificado? ¡Oh, traición! ¡Le han engañado! ¡Yo no soy culpable!... ¡yo soy un hombre honrado! ¡Ah, si viera a ese miserable!

—Don Juan, don Juan, cálmese usted, por favor.

—María, María pobrecita, tú no sabes, tú ignoras lo que ha hecho Jack, mi hijo, tu novio, tú no lo sabes. Pero volverá... Yo le obligaré a hacerlo... ¿Qué infamia... qué infamia!

—¡Don Juan! Soy yo... María. Repóngase... contésteme.

El atribulado padre, presa de una aguda crisis de nervios, espumeaba por la boca esforzándose por hablar, no consiguiéndolo más que guturalmente a través de muchos trabajos.

María, empavorecida ante la idea de la muerte repentina de su tutor, dió gritos de auxilio y acudieron, con la consiguiente alarma, doña Filomena y la servidumbre.

Momentos de angustia indescriptible fueron los de la espera del doctor, porque el accidentado no se repuso de su crisis con nada.

Con el médico llegó un poco de apacibilidad en la agitada casa de don Juan; pero luego un disgusto más hondo producido por el conocimiento del mal del enfermo, sumió a todos en el mayor desconsuelo.

—¡Parálisis!— había dicho el doctor—. Me temo que por meses no ha de poder hablar ni moverse. Sin embargo, con mucho cuidado...

En el mismo instante en que era anunciado el diagnóstico, Morgan, enterado del suceso, llegaba en el hogar del pobre viejo para inquirir noticias sobre su estado de salud.

Salió a recibirle María, quien, ignorando la exacta intervención de Morgan en el asunto de los valores, no pudo menos de mostrarse amable con él, agradeciéndole como era lógico, su interés por su tutor.

Morgan supo disimular perfectamente la satisfacción que le causaba la segunda parte de su plan, de la cual no tuvo jamás la sombra de que así vendría a ser, y de cuya primera parte, la partida de Jack, se felicitaba él mismo, por la cuenta que le tenía que alguien apareciera culpable...

Doña Filomena cuidaba del enfermo y con el corazón deshecho de pena lloraba, una vez la ausencia del hijo y la desgracia sobrevenida

al esposo, otra vez; y a menudo, ambas cosas juntas.

María, orgullosa en su intimidad personal del sacrificio que hizo Jack por sus padres, e imponiéndose la obligación de ser fuerte para proteger a los viejos, no se dejó abatir por la



María, imponiéndose la obligación de ser fuerte para proteger a los viejos...

publicación en los rotativos, de la confesión hecha por Jack Standish del abuso cometido con los valores reclamados por el Juzgado.

Morgan había sido quien diera la noticia a los periodistas, como le correspondía hacerlo, en su calidad de consejero de la casa comercial Standish.

Jack, animoso y con el anhelo purísimo de regresar pronto a recobar la paz al lado de los suyos... y de su amada María, se refugió en la isla de Javā, en el Pacífico, debajo del Ecuador, donde muchos miles de seres, como en todos los rincones del mundo, buscan el olvido de penas, de errores, de miserias...

Jack no conoció nunca la escasez, vivió siempre en la abundancia y comodidad, tuvo el inmenso cariño de sus padres y ahora el de María; fué, en fin, en todo momento, un hombre feliz; de manera que habría de saber resignarse a soportar el brusco cambio de vida. La nostalgia se hizo pronto sentir en él... pero pudo ser vencida.

Las cenizas de la tristeza no desaparecerían tan fácilmente... y el clima horroroso de los trópicos puso llama en esos restos de fuego.

Enfermó en el hotel y le repusieron con bebidas refrescantes.

Cierta tarde, paseando Jack su melancolía por los arrabales, se detuvo a corta distancia de dos hombres que se divertían en derribar con un látigo, un ídolo de barro de los indígenas, sin importárseles un ardite la indignación que a éstos les producía lo que calificaban de sacrilegio. Pero nadie levantaría la voz, que de sobra sabían cómo serían tratados si lo hicieran.

Esos dos blancos que reinaban entre los bronceados trabajadores, eran: Gordon von Brook, el colono más rico de la isla, más salvaje que los salvajes, que por nada y por todo hacía uso del látigo; y Miguel, el capataz de las plantaciones, cuya sonrisa era tan atractiva como su conversación.

La idiosincracia de uno y otro queda demostrada con la siguiente comparación:

Miguel, en vista de que Gordon no lograba alcanzar al primer golpe la idolátrica esfinge de barro en un punto determinado, dijo:

—Apuesto lo que usted quiera que yo le quito el cigarrillo de la boca a esa figura... ¿Ha visto usted?

—Buena puntería.

Y para no ser menos que su capataz, Gordon repitió la suerte... pegando un furioso latigazo al ídolo, que rodó por el suelo...

A falta de habilidad, empleaba la fuerza bruta...

Jack recibió la impresión de la maldad de ese hombre poderoso. Compadeció mentalmente a los esclavos de aquel villano, y para compadecerse a sí mismo se recreó en la contemplación de la fotografía de María, su ángel tutelar.

Gordon se fijó en Jack y extrañóse de que estuviera en territorio de su propiedad. No le había visto aún desde que llegara a Java y tu-

vo el deseo de presentarse a él por sí mismo, y se complació con el sello característico de su incivilidad, quitándole de sus manos, de un latigazo, el retrato de María.

Una ola de sangre hirviente subió al rostro de Jack, haciéndole olvidar que su ofensor—según la información que le dieron en el hotel—era un hombre temido y temible por su poderío, y se abalanzó sobre él con ánimo de obligarlo a postrarse de hinojos a sus pies para obtener en nombre de María ultrajada, su perdón. De haber hecho lo que se proponía, era segura la pérdida de Jack, ya que una avalancha de carne humana, comprada para exprimir de ella todo el fruto que pudiera dar, se habría lanzado a castigar la afrenta inferida al amo y señor de sus vidas.

Pero no lo hizo. Dos motivos evitaron lo que hubiera sido inevitable; el primero fué la intervención de Miguel, el capataz, que asió a Jack con toda su energía de los brazos, aconsejándole prudencia en forma discreta que aquél comprendió; y el segundo, el recuerdo de los perjuicios que podía acarrearle tomando las cosas demasiado a pecho. Las fuerzas no estaban igualadas. La razón, por más razón que fuere, sería vencida por la fuerza del número.

Gordon se reía tranquilamente, y Jack, re-

cochado, vió con toda claridad, que iba a cometer una torpeza.

El propietario del hotel en que se hospedaba Jack, también se inmiscuyó en el asunto, como acostumbraba hacerlo en todos sin que se le requiriera nunca. Le apodaban los naturales «El Profesor» por las cosas que sabía... todas ellas malas con apariencia distinta. Su casa no la moraban duendes apocalípticos; y sin embargo, más de una vez la visitó el misterio...

El aspecto de ese hombre inspiraba temor y compasión a un tiempo. Sus curvadas espaldas y su semblante hipócrita, asemejábanle al cuervo.

Pero sabía ser humilde y algunos no veían en él más que un ser desagradable por obra de la naturaleza y bonachón en el trato.

Jack era de los que se colocaban, en lo que atañía al extraño personaje, en el medio prudencial...

—¿Le abrasa la fiebre el cuerpo todavía, paciente mío—le dijo a Jack, a quien indicara un régimen a seguir para sanarlo de la enfermedad de que al llegar a la isla fué atacado debido al cambio de clima—o es la soledad que le abrasa el alma?

—Ambas cosas—contestó Jack, en un gesto de desaliento—... y este condenado sitio está empezando a atacarme los nervios.

—Malos humores son malos en climas cálidos, amigo—advirtióle amablemente Miguel.

Gordon, saciado de su capricho de saber qué era lo que Jack estaba contemplando con tanto ensimismamiento, pues recogió del suelo la fustigada fotografía de María, y encantado de la primorosa visión de su belleza arrobadora, permitió que su capataz Miguel, quien, más humano, haciendo tal vez conjeturas acerca de la dolorosa causa del éxodo de Jack, se proponía brindarle su protección, intentara que se reconciliara con él.

Con tal objeto, Miguel ganóse, con su simpatía, la confianza de Jack.

Y le dijo luego:

—Lo que le pasa, amigo, es que la fiebre le produce tristeza. Necesita distracción... así es que vamos a ir todos esta noche al *Honky Tonk* del Profesor.

Sonrió el propietario del hotel, celebrando la ocurrencia de Miguel, pues ella haría conocer a Jack su *cabaret* donde las mujeres bailaban sin orden ni concierto..., donde una música de jazz-band infernal incitaba a dar gritos a los hombres, donde, en fin, se reunían los marinos de los buques que fondeaban en aguas de Java para recoger la producción del país. No podía faltar el juego ni el alcohol venenoso. Más que un *concert*, era un garito: a quien no se le despojaba de su último céntimo, haciendole

beber o jugar, se le hacía perder la vergüenza en los brazos de una mujer empleada en el establecimiento para tan cruel misión...

Allí, como convenido, fueron Jack y sus acompañantes.

«El Profesor», mientras los esperaba, acariciaba a su animal favorito: un cuervo, que mucho se le parecía por ser de su familia...

—Amigo Cuervo—le decía—, los Trópicos recogen gente muy extraña en sus brazos..., muy extraña... como tú... como yo...

Y se reía con los labios y con los ojos... Alguna idea maquiavélica se moldeaba en su mente. ¿Sobre quién caería la traición?...

Jack no se lo podía figurar...

En el *cabaret* reinaba, entre todas las mujeres, la que mayores ganancias sabía proporcionar «al mostrador». Se llamaba Lullaby Lou, buen tipo, bella porque sí, una esponja bebiendo, sin ninguna ilusión, insensible como si una vez le hubiesen arrancado el corazón para echarla en el caos de la vida.

«El Profesor» la mimaba por el lucro que sacaba de ella, y Lullaby procuraba, en su propio interés, conservar del patrono la confianza para seguir siendo la «estrella» de aquel centro de atracción de dinero.

•

•

•

Jack, en su soledad, encontró el lugar de di-

versión anexo al hotel del «Profesor», muy atractivo.

La música ensordecedora, la algarabía desenfrenada de los frenéticos de goces, el bailoteo de las mujeres, todo, en fin, le gustaba, porque parecía que le abriese un mundo nuevo.



En el *cabaret* reinaba, entre todas las mujeres, la que mayores ganancias...

La presencia de Jack en aquel centro vulgar impresionó a Lullaby. No pasó por la mente de la descarriada oveja la idea de sonsacarle dinero en provecho de la casa, como «El Profesor» la incitaba a hacerlo, sino que, al contrario, sintió en su alma, donde aun quedaban

rincones de bondad, el tierno roce del brote del botón de la flor del amor.

¿Había amado alguna vez esa mujer amada de todos?...

Lejos, muy en lontananza estaba el recuerdo de su adolescencia. Quiso o pensó querer a un hombre... Forjóse la ilusión de vivir en la paz de un hogar. Escribieron juntos bellas páginas de una historia sentimental. Soñó demasiado y la despertó el desengaño. Lanzóse al olvido por sendas peligrosas, aconsejada por la maldad de la gente, y la paz a que aspirara transformóse, ¡oh infortunio!, en loquear constante con *amigos* desconocidos...

En su vivir de escándalo, subió hasta las más elevadas gradas de la escalera del tiempo; y más deprisa las descendió.

Fué de país en país a conquistar nuevas cimas... hundiéndose sin remisión, a cada nuevo paso, en el abismo de la derrota.

Vencida queriendo vencer, no tuvo más remedio que acogerse a la argolla de la semi-esclavitud que le ofrecieron, de lugar en lugar, empresarios de cafetines como «El Profesor».

Ducha en materia de engaños, pronto adelantó a sus compañeras de oficio, y en todas partes reinó como entonces reinaba en *Honky-Tonk*, entre una humanidad miserable...

La apariencia del nuevo parroquiano del cabaret indicó a Lullaby que se trataba de otra

clase de hombres, de esos caballeros amantes de expansión que conociera en sus sonrientes años, de esos hombres que no brutalizaban a las mujeres... La remembranza del ayer le producía una alegría triste. Cierto que el pasado contenía muchas decepciones, pero ¡cuán distinto era aquello de lo de ahora! Además, hoy más que nunca, comprendía que lo que le sucediera entonces debía sucederle, porque al fin y a la postre nunca, por más que lo fingiera, entregó su corazón entero al cariño de un hombre.

Era su existencia de antaño un ensayo de amor sin los cimientos suficientes para edificarlo...

Por esa razón estremeci6se Lullaby al ver en su reinado a Jack. A tan distinguido huésped correspondían los honores de la más saliente mujer del establecimiento. «El Profesor» se lo confirmó con la mirada. Sintió asco de su misión Lullaby, pero recobróse bajo el poder de la ilusión de verse al lado de tan interesante cliente.

Sentóse, pues, a la mesa de Gordon, Miguel y Jack, con otras mujeres, ella, desde luego, junto a este último.

La soledad es el juguete del diablo—solía decir al Cuervo «El Profesor»—, y llevaba razón el enigmático personaje.

Jack confirmó el acierto de esta sentencia,

aceptando con extraordinaria complacencia la compañía de Lullaby, y soportando su charla con benévola actitud.

Gordon, malicioso, cambió una ojeada con Miguel. ¿Qué diría la bella señorita de la fotografía si viera a Jack con Lullaby?—pensaba



...aceptando con extraordinaria complacencia la compañía de Lullaby...

el colono.

El capataz por el contrario, resistíase a concebir ideas como la de su principal, y, por lo que pudiera ocurrir, estaba dispuesto a no dejar abandonado en su abandono a Jack.

Corrió el vino. Acentuóse la fiebre de Jack a fuerza de beber para calmarla. Lullaby ali-

mentaba el deseo de gustar a Jack insinuándosele. Una venda cubrió los ojos del emigrado y los vapores del vino le cambiaron el juego de la golfa con Jack, y el primero extrañábase del interés con que su capataz seguía el curso del enamoramiento de Lullaby y



...y Gordon extrañábase del interés con que su capataz seguía el curso del enamoramiento...

La red que le preparara Lullaby apresó a Jack...

Gordon y Miguel vieron, de distinto modo, el desconocido.

«El Profesor», aparte, ensalzaba, para sí, la habilidad de su empleada en atraerse la voluntad del solitario.

Perdido el freno de la razón, ebrio encontró a Jack el amanecer.

A Gordon le importaba muy poco dejarlo en el establecimiento durmiendo la borrachera, pero Miguel, a pesar de la resistencia del «Profesor» y de Lullaby, que se lo quería llevar a su casa, lo sacó a la fuerza a la calle y ya en ella suplicó a Gordon que le ayudase a conducir al enfermo al hotel.

¿Qué misterio encerraba la visita a los Trópicos de Jack?—preguntábase Miguel. Y en su noble interior parecía que una voz le contestase que el secreto era sagrado, y que no debía negar su protección a un semejante que no tenía la menor huella de haber cometido una mala acción. Y aunque así no fuera, entendía que la piedad es un bálsamo que alivia al que sufre... El también conoció la eficacia de ese unguento bienhechor.

Pasaron los días; las semanas luego; los meses después.

María fué recibiendo a menudo noticias de su amado; pero ahora las cartas de Jack revelábanle inconscientemente el temor y la desesperación.

Así, por ejemplo, véanse los dos siguientes escritos:

«Querida mía: Si estuvieras conmigo, esto sería lo que verdaderamente le llaman «La Perla

del Pacífico"... las flores... las frutas... los pájaros de mil colores... las aguas eternamente bañadas por el sol..."

"Querida María: ¡Qué sitio este!... ¡Dios mío, qué sitio! La gente asquerosa... el suelo hirviendo y apestando después de la lluvia... los gritos de los pájaros... las brisas fétidas de las selvas... ¡Dios mío, qué sitio!"

Varias, con estas, eran las cartas alarmantes que recibiera en poco tiempo María, y una inquietud tremenda se apoderaba de ella.

Ocultó lo mejor que pudo su tristeza y presentimientos a los padres de su novio e impedía al cielo la gracia de devolvérselo de su éxodo de sacrificio.

La luz de la justicia vino un día a iluminar la ensombrecida—por la pena—mansión de los Standish, con el reconocimiento de la inocencia de Jack del abuso de valores que él mismo se imputara, y de la culpabilidad de Morgan. Unos días antes de eso, don Juan—a través de muchos cuidados por parte de doña Filomena y de María—entraba en período de convalecencia.

Una vez restablecido don Juan, María informó a los esposos de la desazón que le causaban las desconcertantes nuevas de Jack y de sus deseos de volverle a ver para no separarse más de su lado.

Don Juan, dándole a leer el periódico que precisamente aquel día publicaba la inculpabilidad de Jack y la detención de Morgan, el infame Consejero a quien, de haber podido él hablar o escribir, habría hecho espiar y descubrir antes, pues sobre él recayeron todas sus sospechas desde el primer momento, le dijo:

—Con la devolución de mis facultades físicas, recibo la mayor de las alegrías, por la cual, si hubiera sido necesaria, habría dado mi vida. La nobleza de Jack no tiene, ni de su propio padre, calificativo bastante para ponderarla. Yo mismo, hija mía, le escribiré comunicándole la grata noticia, para que regrese a nosotros en seguida, y tan pronto lo haga, os casaréis.

—Yo... si ustedes me lo permitieran...

—¿Qué podríamos negarte nosotros, mi buena enfermera?

—Es una extravagancia, tal vez, en mí. Quisiera... porque, la verdad, su última carta me asusta, y me temo que las cosas no le van bien allí... quisiera, digo, irme a Java a buscarle.

—¿Tú sabías que nuestro hijo se quejaba, Filomena?

—Yo... no.

—No lo sabía ni lo debía saber. Estando usted enfermo, hubiese sido demasiado pensar por los dos. Yo he alentado a Jack con mis



—Jack, yo no te creo capaz de una acción deshonestá... aunque me lo digas tú mismo...

protestas de cariño inmenso, pero sus cartas han seguido llorando...

—Eres un ángel, María.

—Soy una mujer que ama a ustedes con toda su alma. ¿Aprueban, pues, mi proyecto?

—Lo aceptamos encantados, hija admirable, ¿no es verdad, Filomena?

—Sí, María, tráetelo contigo. Si algún peligro le amenaza, ¿quién mejor que tú podría evitárselo?

Entretanto, en Java, Lullaby y la bebida que no calmaba nunca su sed abrasadora, minaban la existencia de Jack.

Hondamente enamorada, Lullaby no se ocupaba más que de una cosa: tener a Jack en su casa, en las horas que le dejaba libres su oficio, sin preocuparle su embrutecimiento por la constante embriaguez moral que ella misma favorecía con el objeto de adueñárselo.

«El Profesor» vigilaba esos amoríos. Su pretensión era sacar provecho de ellos y por esa razón reclamaba de Lullaby que sonsacara al agitado Jack informes acerca de su persona, de su familia, de su fortuna... en fin, de todo cuanto revestía algún interés para él.

Por obligación, por una parte, y por curiosidad en saberlo, por otra parte, Lullaby, instigada por «El Profesor» que la estaba vigilando oculto detrás de una cortina de bambú, cierta tarde repitió la pregunta a Jack:

—¿No me quieres lo suficiente para confiar en mí y hablarme de tí... de tu casa... de tu gente?

—¡Dios mío!—gimió terriblemente exaltado— ¡Si no quieres que me vuelva loco, no me vuelvas a hablar de mi casa o de mi gente... nuncal



Lullaby, amorosa, reposó su cabeza sobre Jack con pecaminosa indolencia...

Lullaby, amorosa, reposó su cabeza sobre Jack con pecaminosa indolencia... y él, entregado por la fiebre, dejóse caer sin reflexión en la tentación de los labios de la amante, en busca de sedativo...

Miguel, cumpliendo en el deber que se había impuesto, libertó una vez más a Jack de los

brazos de aquella mujer, teniendo que apelar, para salir airoso de la empresa, a la violencia con Lullaby y el mismo Jack, que se resistía a seguirle.

«El Profesor», prudente, no se puso de parte de Lullaby para impedir a Miguel su propósito, y le dijo a ella, cuando estuvieron solos:

—¡Paciencia! Sigue por ese camino, que has de llegar al triunfo de tu plan y de mi plan.

—¿De mi plan?

—Sí, mujer, ¿creías que yo no sabía lo que te pasa con ese muchacho? Pero, lo celebro y te felicito, porque supongo que de esa manera tú y yo saldremos ganando más.

Reprimió Lullaby un gesto de indignación ante «El Profesor» y al verle alejarse escupió para él crueles frases de repulsión.

* *

Con gran tristeza en su corazón y convencida de que algo malo había de suceder, María llegó en aguas de Java y en una ligera embarcación fué transportada a la playa.

Un indígena, que guiaba un coche, en el que ella subió, fué preguntado acerca de Jack.

—Sí, ya sé por quien usted pide; yo la conduciré hasta él.

Gordon, que presenciaba la operación de carga de una partida de su propiedad de sacos de arroz, montado a caballo para dominar mejor el trabajo y acudir más veloz a reprender

al que no desarrollaba todas sus energías en esa labor, vió desembarcar a María y, tras fugaz recordar, reconoció en ella a la señorita de la fotografía de Jack, de que se apropiara la noche aquella de la primera borrachera del joven, al caerle en la calle cuando Miguel lo empujaba del establecimiento.

Si bella era en un trozo de cartulina brillante, mayor hermosura derrochaba el original.

Y la siguió de lejos con cautela.

El cochero se detuvo ante el hotel y «El Profesor», frotándose las manos pensando en la posibilidad de un negocio en puerta, salió a ponerse a las órdenes de la viajera.

—¿...?

—No, señorita; el señor Standish ya no vive aquí. Trasládose, hace unas semanas, a los arrabales... Vive solo... El cochero le acompañará. Yo le voy a indicar el lugar. ¿Quiere que le reserve a usted una de las habitaciones de mi hotel?

—Sí, desde luego, pero ya hablaremos de eso después de haber visto a Jack. ¿Sabe usted si está bueno?

—Puede que lo encuentre un poco cambiado... las fiebres son malas...

María fijóse en la actitud misteriosa del «Profesor» y a duras penas, para no demostrar su temor, le disimuló la desconfianza que le inspiraba.

Tranquilizóse al sentirse de nuevo llevada por el coche, y ansiaba ver sin más tardar a su desdichado novio.

Lullaby había visto desde su casa, situada cerca del *cabaret* y de consiguiente del hotel, a María en conversación con «El Profesor», y presintiendo, con dolor y rabia, la verdad, por la dirección que había tomado el coche, apresuróse a confirmar sus sospechas cerca del «Profesor».

Los celos mordieron el corazón de la golfa y lo llenaron de odio hacia la rival.

Y rióse socarronamente el amigo del Cuervo ante la magnífica perspectiva que dibujaba en su mente enferma la crueldad de sus amorrados sentimientos...

Accediendo con mil amores a la pretensión de Lullaby, de seguir a María hasta la cabaña donde Jack vivía como una piltrafa barrida por la sociedad decente, pusiéronse en marcha los dos, alegrándose de saber, al fin, que Jack debía pertenecer a una buena familia para merecer por novia a una señorita tan aristocrática como María. ¡Ya verían ahora quién se llevaría a Jack, si María, con el recuerdo de su amor, o Lullaby, con su loca pasión sin límite y sin conciencia por sus ansias de amar con delirio al hombre que le cautivó el alma!

La visita de María a la choza de Jack—sin comodidades, primitiva y vacía, al borde de

los pantanos de la selva—, le causó honda aflicción. Su prometido estaba tendido en el suelo y dormía pesadamente.

Le llamó llena de angustia. ¡En qué bajo nivel le hallabal

Las súplicas que María dirigía a Jack para que volviera en sí, no dieron fruto: él seguía insensible a su sufrimiento, como si su cuerpo, zarandeado por ella, ya no tuviera vida.

Lloró lágrimas amargas la pobre María ante la miseria del amado, y vióse en tan íntima expansión interrumpida por la aparición de un hombre, Gordon, en la cabaña.

—Espero que no molesto—dijo el colono acercándose gravemente a ella—. Yo soy un amigo de Jack, Gordon von Brook. ¿Es usted, acaso, pariente suya?

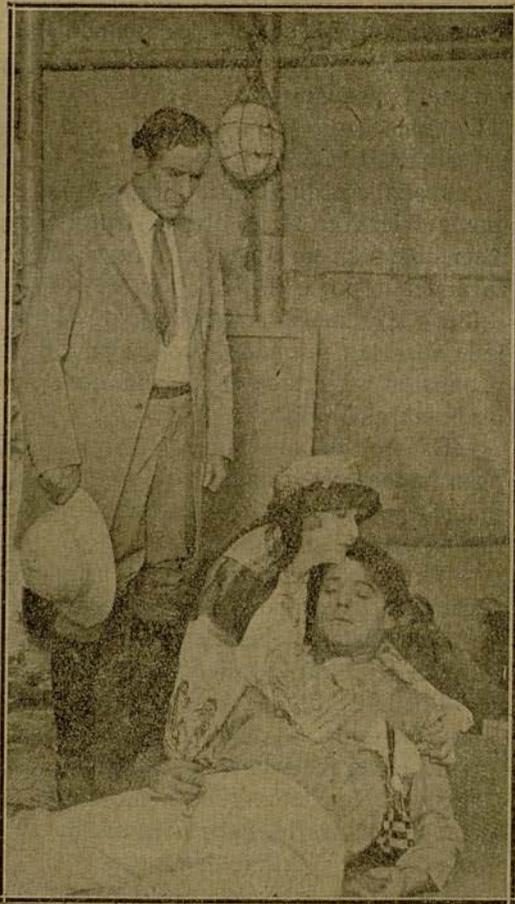
—Yo soy María Rogers, la prometida de Jack, y he venido para llevármelo a casa.

—¡Ah! Usted debía de haber venido antes. Hoy me temo que sea demasiado tarde.

—Por Dios, no me asuste. ¿Por qué me habla usted así?

—El clima inclemente de estos lugares le ha extraviado la razón. Bebe siempre que no podemos impedirselo. Bebe para saciar su sed y para olvidar. ¡Lástima de muchacho!

—Sea como fuere, yo no lo puedo abandonar. Me lo llevaré por cualquier medio que



...y vióse en tan íntima expansión interrumpida por la aparición de Gordon en la cabaña.

sea, y en su país podrá curarse. Ayúdeme a despertarlo.

—No es conveniente hacerlo ahora. Su criado dice que le dejemos dormir unas horas más. ...No se apure usted: volverá en sí, como de costumbre.

—Aguardaré... Yo no puedo dejarlo así ni un momento más...

—Cálmese, señorita, y si me lo permitiera le diría que aquí no puede usted hacer nada. Mejor será que regrese al hotel. Encargaré al criado de Jack que le diga, en cuanto se reponga, que vaya a ver al patrono del hotel, so pretexto de que desea hablarle, e indicaré a éste que le avise a usted en seguida la llegada de su novio.

—Gracias, señor Gordon, por su amabilidad.

Salieron de la cabaña María y Gordon, muda de pena ella y sonriente para sus adentros él, y en el momento de subir María en el coche para regresar al hotel, Gordon la dijo, sorprendiendo la conversación «El Profesor» y Lullaby ocultos en la espesura de unos arbustos:

—En mi deseo de ayudar a usted en rehabilitar a Jack, me tomo la libertad de indicarle que el hotel es muy incómodo y que me honraría usted muchísimo aceptando la hospitalidad de mi casa durante su estancia aquí.

—Se agradece, señor Gordon, la intención... No pienso quedarme muchos días en la isla.

«El Profesor» adivinó los proyectos de Gordon y si bien frunció el ceño al oírle desprestigiar su hotel, distendióse su frente cuando se convenció de que la intervención del colono en aquel asunto le ayudaría en su plan de sacar provecho de Jack.

—¡La suerte me protege, Lullaby enamorada! Gordon se ha enamorado de la novia de Jack y ya sabes que ese es buen perro de caza. ¡Anímate, mujer!

*
*
*

Gordon visitó al «Profesor» en el hotel, poco después de haber subido María a la habitación que tomara.

Hablaron así:

—Pagaré bien si usted me ayuda a conseguir que esa mujer encuentre aquí todas las incomodidades a fin de que se decida a venir a mi casa.

—Descuide, Gordon. Procuraré a esa señorita tantos malos ratos como pueda. Por lo pronto, he notado que no le soy simpático y eso ya es una buena señal para el logro de nuestro plan.

—Deseo que todo esté arreglado esta misma noche; antes de que Jack haya podido ver a su novia.

—¿De modo que efectivamente es su prometida?

—Sí. ¡Lástima de mujer para él!

—Y, claro, usted no puede consentir que tan rico bocado sea para quien no lo merece, ¿verdad?

—Déjese de tonterías y a ver cómo me complace.

—Lullaby será mi colaboradora. ¡Cómo no, si se trata de arrebatar la novia de su amado!

—Tanto mejor. Avisela.

—¡Oye, tú... Lullaby! No pongas esa cara de momia y atiende: estoy seguro de que la recién llegada está triste. ¿Por qué no vas y le preguntas si quiere reunirse con nosotros?

—Buscando estaba un medio de hablar con ella y no se me ocurrió el de invitarla a nuestra reunión. Voy a hacerlo ahora mismo.

—Sé prudente, Lullaby: es una señorita de muy buenas maneras.

—Una cursi, ya lo he visto. No os preocupéis «Profesor»: yo sé tratar con todo el mundo.

—Yo subiré contigo. Tú la invitarás y yo aprobaré desde la puerta.

—Si trabajas bien, Lullaby, yo te recomendaré.

—Si, Lullaby, el señor Gordon nos pagará bien si echamos de aquí a la novia de Jack pa-

ra que se vea obligada a ir a su finca, ¿comprendes?

—Entiendo el juego. Pues bien, lo que yo haga en este asunto, es en mi propio interés; de manera que yo cedo mi parte de premio al «Profesor».

Arregladas así las cosas, Lullaby y el dueño del hotel subieron a molestar a María.

—¡Hola, muchacha!— saludó Lullaby.—¡Se va usted a aburrir soberanamente tan sola! ¿Por qué no baja usted al salón a bailar con los muchachos? Estoy segura de que todos se disputarían por estrecharla a usted en sus brazos.

«El Profesor» sonreía en el umbral de la habitación.

—¡Cómo se atreve usted!— contestó María a Lullaby—. Haga el favor de respetarme.

—¡Vaya un genio que se trae usted! ¡Tonta! Aquí no sirve eso... y su orgullo será mejor que lo guarde para el sitio de donde ha venido.

—Esta es mi habitación y les pido que se vayan.

—En seguida, y muy a gusto. Creí que era usted otra cosa y salgo convencida de que es usted una estúpida vanidosa.

—Vamos, Lullaby, calma esos nervios—decíale desde la puerta «el Profesor»—. Te has equivocado con la señorita... Perdónele su confusión, señorita, y si hay algo más que yo

pueda hacer para que tenga felicidad y comodidad, no tiene más que avisarme.

—No necesito nada—contestóle secamente María, cerrando con violencia sobre ellos la puerta de su habitación.

Gordon insistió cerca del «Profesor» en que



—...¿Por qué no baja usted al salón a bailar con los muchachos?...

se molestara a María en toda la noche, por varios procedimientos, y Lullaby, resentida con la novia de Jack, con doble motivo, preparó una orgía en el *cabaret* de enfrente, para que María, que desde la ventana de su cuarto podía ver una parte del cafetín, principalmente la

puerta de entrada, no pudiera conciliar el sueño.

Las mujeres del *dancing*, aconsejadas por Lullaby, dieron celos a los clientes excitándoles en su embriaguez a pegarse por ellas.

María tuvo que apartarse de la ventana horrorizada por el espectáculo de una sangrienta riña entre marineros que se creían mutuamente ofendidos, en la calle, bajo una persistente lluvia.

Noche de horror fué esa noche para María.

Al amanecer, Gordon entrevistóse con «El Profesor» para saber el resultado de su «trabajo» y supo que el segundo había escuchado varias veces hasta altas horas de la madrugada en la puerta de la habitación de María, y que comprendió perfectamente la agitación que se había apoderado de ella al comprobar la «apacibilidad» de aquel lugar.

—Bien, «Profesor». Es, pues, indudable que la americanita estará ahora más dispuesta a seguir mi consejo de venir a mi casa. Pero no pienso repetírselo en las mismas condiciones que ayer. Tengo una idea que comunicar a usted, pues de usted depende el éxito de ella. Para empezar, es preciso que vaya usted ahora mismo a buscar a Jack y que lo lleve a mi casa. Entretanto, yo decidiré a su novia. Una vez los dos en mi hogar, usted y Lullaby deberán procurar que Jack no se corrija, y yo me

encargaré de convencer a la muchacha de que no hay salvación posible para su novio. Además, escuche: ¿qué consejo me daría usted en caso de que ella fuera más fuerte que nosotros y enderezara inmediatamente a Jack?

—Uno solo, pero infalible. ¿No conocéis la herida que ocasiona la calumnia?

—¡La calumnia!... Es verdad... Ejecute, pues, en el acto mi orden y ya verá usted luego cómo sé pagar yo los favores. Bien sabe usted que todo lo que hago, es por evitar que esa linda mujer sea una desgraciada al lado de esa piltrafa alcohólica.

—Sí, ya sé... y le sobra la razón. *Es un caso de conciencia...* y ni que decir tiene que la niña se lo vale... Parto, pues, a cumplir vuestro encargo.

—Y yo subo a ver a esa pobre criatura.

Se separaron.

«El Profesor» sabía perfectamente lo que quería Gordon, a pesar de que éste cubría su propósito con el velo de una protección desinteresada.

Gordon empujó suavemente la puerta de la habitación de María.

—¿Se puede?—preguntó a la joven, que estaba ocupada en arreglar sus cosas para marcharse de Java tan pronto como hubiese visto a Jack, con él, desde luego...

—¡Ahl! ¿Es usted? Puede pasar, si gusta. Te-

mí que fuera ese antipático dueño. No sabe usted la noche que he pasado en esta endemoniada casa.

—No me reprochará usted el no habérselo advertido.

—No podía figurarme la realidad.

—Confío que no tendrá usted más motivo de queja de esta isla. Vengo a darle una buena noticia.

—¿Ha visto usted a Jack?

—No le he visto precisamente, pero es casi lo mismo. Su novio de usted se encuentra en mi casa, a donde lo he hecho conducir. En ella estará más cómodo y como supongo que usted siente que él la necesita, en mi casa tendrá usted la libertad de cuidarle.

—Señor Gordon, no sé cómo testimoniarle mi gratitud, y ante tan generosa acción de su parte, no puedo negarme a acogerme a la protección de su techo, puesto que bajo él se halla el hombre que ha estado sufriendo una culpa ajena y que yo amo con toda mi alma.

—Jack es mi amigo y por él... y por usted, no podía hacer yo otra cosa. No lo recogí antes, porque se hubiera negado. Hoy, con su presencia, es posible que no se resista a seguir un régimen curativo para que se lo pueda llevar usted cuanto antes.

Todo salió a pedir de boca.

«El Profesor» trasladó sin dificultad a Jack a casa de Gordon, impidiéndole que recobrase la razón con más bebida; y María se había convertido en enfermera del paciente.

Cayó pesadamente la tarde.

A intervalos, Jack abría los ojos, miraba extraviadamente y volvía a cerrarlos. Su espíritu dormía en la sombra.

María, angelical en su misión de hermana de la caridad, acariciaba al enfermo, deseando que despertase pronto y la reconociese.

Gordon vigilaba detrás de una puerta y al poco rato vió desarrollarse una sentimental escena entre los prometidos.

En efecto, Jack, volviendo a la luz, asombróse de contemplar a María a la cabecera de su lecho y arrojándose a los brazos que ella amorosamente le tendía, sollozó temblando como un niño:

—¡Por fin! ¡Dios mío, cuánto deseaba verte! ¡Te necesitaba tanto! ¡Qué horror de vida!... Un calor sofocante... soledad... soledad sin límite.... ¿No ves ese cielo? Gris, muy gris, cual plomo sobre mi pobre cabeza.... Siempre así para mí....

—¡Sosiégate, Jack! Yo he venido por tí.... Eres inocente.... Todos lo saben ya.... Saldremos en cuanto puedas de este lugar.

— Sí, sí, tú me ayudarás a volver a ser lo que he sido, a librarme de este martirio.

—Pues claro, amado mío.

Gordon, codicioso de las caricias de María, odiaba a Jack como jamás odiara a un hombre, y menos que nunca estaba dispuesto a consentir que se llevara una cosa que le gustaba a él extraordinariamente.



...asombróse de contemplar a María a la cabecera de su lecho...

¡No, no se la llevaría Jack!

*
*
*

Así las cosas, pasó una semana.

Gordon había simpatizado con María y cada vez era más poderosa la atracción que la mujer codiciada ejercía en su voluntad.

Durante ese tiempo, Jack no se movió de la

casa de Gordon, porque María no le permitía salir sin ella.

«El Profesor» no tenía, pues, lugar a entrar en funciones para ayudar a Gordon.

Y Lullaby, que no veía con mucha confianza los manejos de Gordon, se impacientaba y



—...¿No ves ese cielo? Gris, muy gris, cual plomo sobre mi pobre cabeza...

su actitud era una amenaza para desbaratarlo todo. «El Profesor», menos pesimista, contenía sus ímpetus de rebeldía.

—Yo era suficientemente buena para él antes que ella viniera—plañiose la última vez Lullaby—; y ahora, ni le veo,

—¡Paciencial ¡Paciencial—repetíale «El Profesor».

—¿Paciencia? ¡El infierno!

—A la corta o a la larga, cada cual quedará complacido.... Cuidadito, que hacia aquí viene el colono. Finge, mujer... Buenos días, señor Gordon.

—¡Hola!

—¡Traidor! ¡Usted me lo ha quitado!

—¿Qué es eso? Aparta, estúpida.

—¡Lullaby, estás local!

—Dejadme.

—Óyeme, tonta. Yo no me he llevado a Jack.... No he hecho más que prestárselo a la otra mujer... y ella me lo devolverá pronto.... Déjalo en mis manos y en las del «Profesor».

—Es que el juego se prolonga demasiado y yo no puedo más. Si me engañaran ustedes, yo sería capaz...

—Guarda tus energías para mejor ocasión o te mando expulsar de aquí.

—No, no se pongan ustedes así. Esta chica es muy nerviosa, señor Gordon, y el amor no la deja vivir... Pero dejando a un lado el incidente, ¿cómo va aquello? ¿Necesita usted de mí?

—Todavía no; sin embargo, confío en que el final de este asunto no se hará esperar mucho. Esta noche, haré una prueba con Jack. A propósito: debiera usted darme una botella de ese licor infernal del *cabaret*.

—Se la llevaré luego a su casa.

—No; pasaré a recogerla dentro de un instante.

* * *

Lo que un hombre no puede hacer por sí mismo lo hace a veces por una mujer. Eso es



—¡Traidor! ¡Usted me lo ha quitado!

lo que ocurría en Jack, que luchaba para volver a ser lo que había sido.

Su curación hubiera sido casi un hecho si Gordon no le hiciera caer de nuevo en la tentación de beber, ofreciéndole discretamente, a menudo, copitas «refrescantes».

Aquella noche, aprovechando la predisposi-

ción de Jack, Gordon dejó en sus manos la botella de licor que le diera «El Profesor», y como pocos días antes Jack perdió la serenidad.

Gordon cenó solo con María, muy disgustada de la recaída de Jack, y la víbora venenosa insinuóse en ella con oculta traición.

A las lluvias persistentes que llegaron a Java al mismo tiempo que María, siguió una noche borrascosa, terrible.

El viento, enfurecido, abría las cerradas ventanas, sembrando el pánico en los habitantes de la isla el presagio del ciclón.

Jack, en su habitación, gesticulaba como un loco contra los desencadenados elementos atmosféricos, y en un momento de lucidez pensó en María.

Gordon, que se proponía sacar provecho de aquella tormenta, presentándose a María para alejar su pavor con la oferta de su compañía en cualquier momento difícil, vió a Jack entrar precipitadamente en el cuarto de su novia.

María, envuelta en un salto de cama, miraba con horror el ennegrecido infinito presa de un pánico indescriptible.

Jack arrojóse a sus pies. Estaba desconocido. Temblaba como un niño empavorecido.

—¡María, por Dios, vámonos!—Yo no puedo resistirlo... No puedo... Me voy a volver loco.

—¡Jack! Repórtate.

—¡Te amo, te amo María! ¡Amame tú también!

—¡Jack! ¡Respétame!

—¡No puedo, no puedo María! Estoy loco, loco, mi sangre quema en mis venas. ¡Vámonos, o no respondo de mí!



Jack arrojóse a sus pies. Estaba desconocido...

—Apártate, miserable borracho—dijo Gordon a Jack, apareciendo en este crítico instante—. Pide perdón a esta santa mujer que tú no mereces.

—Señor Gordon, déjelo; está enfermo.

—Ese hombre la perdería a usted, señorita. Pero no tema a mi lado.

—¡Ah, ladrón! — exclamó Jack intentando abalanzarse sobre Gordon.

Este vió el gesto y de un puñetazo derribó á Jack, quien en tierra, comprendiendo de pronto que se había convertido en un ser débil, y desesperado por la idea de que aquel hombre



—¡Te amo, te amo, María! ¡Ámame tú también!

que se preciaba de ser su amigo tenía protervas intenciones acerca de María, huyó de la casa, dando alaridos de rabia, hacia el *cabaret*, sediento de cobrar ánimo para vengarse de Gordon.

Miguel, el capataz del colono, y amigo de Jack, cuya triste suerte ignoraba, llegó inopi-

nadamente en casa de Gordon anunciando con terror la llegada del ciclón.

Gordon cubrió a María con ropas y salieron juntos hacia lo alto de la isla, o sea hacia el hotel del «Profesor», en busca de refugio.

Miguel, para proteger contra la maldad de



—...Pide perdón a esta santa mujer que tú no mereces.

Gordon—cuya extraña conducta de unos días a aquella parte comprendía ahora—a la novia del infeliz Jack, los siguió a distancia.

Las aguas inundaban el lugar como la desesperación había inundado al pobre Jack.

Este, a través de inauditos esfuerzos, llegó

al *cabaret*, hallando en él al «Profesor» con Lullaby en conferencia y solos.

Hablaban de él precisamente y Lullaby celebró verle volver a ella. Y para adueñárselo absolutamente, imbuída de tal idea por «el Profesor», que creyó llegado el momento de actuar, le dijo:

—Has vuelto a mí después de haberte enterado, ¿no es verdad?

—¿Enterado de qué? — inquirió él chispeándole los ojos.

—... acerca de él y de ella.

—¿Eh? ¡Infame! ¡Cómo te atreves tú!...

—¡Bruto! He dicho la verdad.

—Sí, amigo mío. ¡Qué tonto ha sido pensando que el amor por usted hacia a su novia vivir bajo el techo de Gordon!

—Pero ¿es cierto? No, eso es que tú eres tan villano como ésta...y os voy a matar a los dos.

—Déjanos en paz y convéncete por tí mismo.

—¡Ah, si fuera verdad! Pero, no, no puede ser. Gordon es el malo. Lo veo todo ahora. Amanece en mi cerebro. ¡Ruja el infierno contra él y permita Dios que caiga en mis manos!

Convencido Jack del peligro en que se encontraba María, sola y en manos de un hombre sin escrúpulos, desafió de nuevo a los elementos y echó a correr hacia la casa en que en un momento de debilidad abandonara a su novia adorada.

Mientras tanto, María y Gordon llegaron al *cabaret*.

El ciclón venía tras ellos y la disputa con Jack, el temor de la furia de la tormenta y la actitud desconsiderada de Gordon, cuando Lullaby, en un arrebato de celos buscó querella a María, incitaron al «Profesor», a llamarle al orden. Gordon, como lo hiciera antes con Lullaby, apartó de un empujón al enigmático personaje, y éste entonces, le desenmascaró:

—¿Es así como pagas a quien compraste para arrastrar a ese muchacho por el lodo, para apartarlo de su novia?

Palideció María al descubrir la verdadera intención de Gordon.

—¿Qué es lo que dice este hombre?—le preguntó.

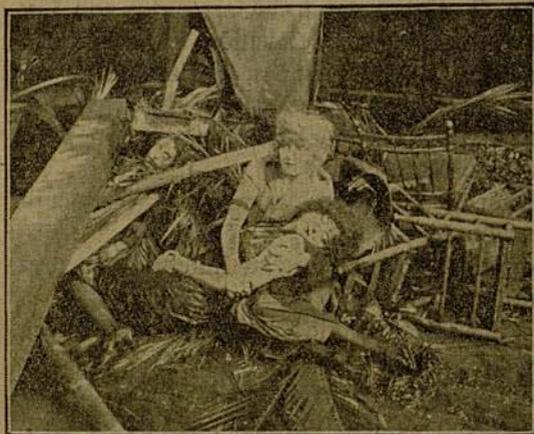
—¡Sí... no ha mentido... yo lo hice! ¡Y lo hice porque te quería a tí!

Unió Gordon el gesto a la palabra y María, astutamente se dejó abrazar para poder arrebatar del cinto del canalla el látigo con que maltrataba a los indígenas.

—¿Creías que yo iba a sucumbir en tus garras? ¡Tomal! ¡Este es tu premio! ¡Sangre surge de tu cara y no me asusta mi crueldad! Te daré de latigazos hasta romper mi brazo.

Gordon, vencido por el dolor, intentó huir, pero dió un paso en falso y se desplomó a la calle, desde una altura regular, matándose.

La tormenta lo avasallaba todo y derribó en mil pedazos el *cabaret* infernal. En el desastre hallaron la muerte Lullaby y «El Profesor». La golfa murió, invocando la clemencia divina, en los brazos de María, después de pedirle perdón por haber sido mala con Jack, por amor.



En el desastre hallaron la muerte Lullaby y «El Profesor»...

Jack regresó, reventado de fatiga, al *cabaret*, suponiendo que en él debían hallarse Gordon y María, y contempló descorazonado, los restos del edificio.

Pero el cielo se compadeció de su arrepentimiento y le permitió descubrir a María no lejos de sí, y juntos, hacia la vida o hacia la

muerte, se dejaron llevar por la corriente de las tumultuosas aguas que vomitaban la tierra.

Miguel, sacado por unos indígenas de debajo de unos árboles que lo apresaron al ser arrancados por la tormenta, buscó, a la mañana siguiente, a sus amigos por todas partes, y dió con Jack y María, a quienes las aguas depositaran en la orilla de un río.

Brilló el sol de nuevo en Java después de la borrasca, y también en el espíritu y corazón de Jack, que regresó con su prometida a su patria, donde le esperaban la dicha en los brazos de la esposa y el cariño imperecedero de sus queridos padres.

FIN

(Prohibida la reproducción)

PRÓXIMO NÚMERO:

Rosario la cortijera

sentimental drama inspirado en la obra de los insignes JOAQUIN DICENTA y MANUEL PASO

¡GRAN ÉXITO!

POSTAL FOTOGRAFIA:

Jacqueline Logan

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles = Precio 25 cts.

La Novela Semanal Cinematográfica

Números publicados

1, No hay juegos con el amor, 6 ediciones. 2, El Valle Florido, 3 ediciones. 3, Amor de madre, 3 ediciones. 4, La Virgen de las Rosas, 3 ediciones. 5, La culpa ajena, 3 ediciones. 6, De hombre á hombre, 3 ediciones. 7, Una mujer, 3 ediciones. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario), 3 ediciones. 9, Desinterés, 3 ediciones. 10, El Hábito, 3 ediciones. 11, Jimmy Sansom, 3 ediciones. 12, La primera novia, 3 ediciones. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada), 3 ediciones. 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada), 3 ediciones. 15, La tormenta, 3 ediciones. 16, Flor de amor, 3 ediciones. 17, La Pantera Negra, 2 ediciones. 18, Bajo dos banderas, 2 ediciones. 19, Corazón de lobo, 2 ediciones. 20, Sueños juveniles, 2 ediciones. 21, El mundo y la mujer, 2 ediciones. 22, Corazones humanos, 2 ediciones. 23, El premio gordo, 2 ediciones. 24, La desconocida, 2 ediciones. 25, Robin de los bosques (extraordinario), 2 ediciones. 26, La Verdad Desnuda, 2 ediciones. 27, El octavo no mentir, 2 ediciones. 28, Cleo la francesita, 2 ediciones. 29, La hija del pasado, 2 ediciones. 30, La chica del taxi, 2 ediciones. 31, La hija de los traperos, 2 ediciones. 32, El príncipe escultor, 2 ediciones. 33, Llovido del cielo, 2 ediciones. 34, Mujeres frívolas, 2 ediciones. 35, Al calor del hogar, 2 ediciones. 36, Sapho, 2 ediciones. 37, Directo de París, 2 ediciones. 38, Lo que vale una mujer, 2 ediciones. 39, El Valle de los Gigantes, 2 ediciones. 40, La sombra del padre, 2 ediciones. 41, Madame Morland (extraordinario), 3 ediciones. 42, Un juego

peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso, 2 ediciones. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro, 2 ediciones. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (extraordinario), 2 ediciones. 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea, 2 ediciones. 54, No me olvides, 2 ediciones. 55, En los jardines de Murcia (María del Carmen). 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet, 2 ediciones. 58, La Bohème (extraordinario), 3 ediciones. 59, ¡Pobre Violeta! 60, Realidades de la vida. 61, ¡Estaba escrito! 62, Las dos huérfanas. 4 ediciones. 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura (extraordinario), 3 ediciones. NÚMERO ALMANAQUE. 65, La pequeña parroquia. 66, Frou-Frou. 67, La Famosa señora de Fair. 68, La apuesta sensacional. 69, El Secreto de Polichinela, (extraordinario). 70, La Quinta Avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Mariuxa. 73, La hija del Nuevo Rico. 74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extraordinario). 75, Relámpago. 76, La Dolores. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York. 80, Borrascoso amanecer (extraordinario).

Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de

Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, «Snub» Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meigham. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers.

Todo buen lector no vacilará en querer formar la sugestiva e interesante biblioteca de

Los Grandes Films

de **La Novela Semanal Cinematográfica**
por sus cautivantes asuntos, de alta
:: moralidad, emoción y variedad ::
El éxito de los primeros libros

LOS HIJOS DE NADIE (3 ediciones)
EL TRIUNFO DE LA MUJER
(2 ediciones)

es una prueba de ello.

PRONTO APARECERÁ EL TERCER LIBRO

?

QUE CAUSARÁ SENSACIÓN.

Precio increíble en toda España: **1 pta.**

Este número ha sido sometido á la previa censura militar

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA